

# LA CONTRIBUCIÓN DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS Y COMERCIANTES A LA RENOVACIÓN ARQUITECTÓNICA DE PAMPLONA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVIII

*Pilar Andueza Unanua*

El siglo XVIII fue una de las épocas de mayor auge y desarrollo para la ciudad de Pamplona pues a lo largo de aquella centuria la ciudad protagonizó un profundo proceso de renovación urbanística y monumental, caracterizado por un intenso fervor constructivo y de renovación como nunca había conocido la ciudad que dotó a su casco histórico de sus edificios más sobresalientes y lo configuró tal y como en líneas generales podemos ver hoy. Hasta el momento algunos estudios habían centrado este fenómeno en la segunda mitad del siglo de las Luces, muy especialmente a partir de 1765, con un desarrollo que, auspiciado por la mentalidad ilustrada donde primaban los valores sociales y utilitarios, se concretó en la dotación de infraestructuras urbanas<sup>1</sup>. Sin embargo, en nuestra opinión las transformaciones llevadas a cabo en la capital navarra durante el Siglo de las Luces no pueden situarse únicamente en su segunda mitad sino que, por el contrario, fue de vital importancia el período anterior, comprendido entre los últimos años del siglo XVII y los años cincuenta del siglo XVIII<sup>2</sup>.

Precisamente en este período tuvo lugar un proceso de transformación que conformó definitivamente el urbanismo de la ciudad, creando nuevos espacios urbanos y transformando otros ya existentes, e incidió de manera especial en la arquitectura, tanto religiosa como civil en sus dos vertientes, pública y privada, todo lo cual monumentalizó y embelleció la Pamplona del Antiguo Régimen, respondiendo así a los deseos de las nuevas élites sociales y económicas de la ciudad por dotar a la ciudad de un aspecto monumental y suntuoso como correspondía a la capital de un reino.

Sin embargo, fue en la arquitectura doméstica de la ciudad donde aquel afán constructivo se concretó de una manera especial. Conservando las alineaciones antiguas de las calles de origen medieval, se produjo una renovación prácticamente generalizada del caserío de la ciudad. En unos casos se transformaron los viejos inmuebles por medio de profundas reformas y en otros se sustituyeron por nuevas fábricas, tal y como se desprende no sólo de la abundantísima documentación hallada al respecto en el Archivo de Protocolos Notariales de Navarra, sino también de los numerosos elementos dieciochescos conservados en multitud de inmuebles de la ciudad a pesar de las transformaciones decimonónicas, tales como escudos de armas, balaustradas cinceladas y tornapuntas con ces en los balcones, carpinterías de cuarterones y ménsulas de hojarasca, aleros de gran vuelo, escudos, y sobre todo –siguiendo la

estructura constructiva del momento- fachadas con planta baja construida íntegramente en sillar y los pisos superiores en ladrillo.

### **Las casas familiares de las élites económicas de la ciudad**

Fue precisamente en este momento de renovación del caserío cuando determinadas familias de la ciudad decidieron construir sus residencias señoriales para lo que eligieron las calles más notables de la ciudad, es decir, la calle Mayor y la calle Zapatería, vías ceremoniales por excelencia de la ciudad, principal escenario de la fiesta barroca por la que periódica u ocasionalmente, transcurrían procesiones, cortejos y desfiles, momento en que aquellas rúas de origen medieval se transformaban merced al ornato efímero al que contribuía la decoración con tapices y colgaduras de estas casas, a la sazón tribunas excepcionales de aquellos acontecimientos.

Los promotores de los edificios señoriales más sobresalientes de la ciudad construidos ahora, todos ellos denominados casas principales de mayorazgo, presentaban un denominador común: el origen foráneo de sus fortunas y patrimonios, provenientes en su mayoría de las Indias, donde ellos mismos o sus familiares habían formado parte de la "Hora navarra". Este es el caso de los maqueses de San Miguel de Aguayo que levantaron su residencia familiar en la calle Mayor, los marqueses de Castelfuerte, que hicieron lo propio en la calle de Cuchillerías o San Francisco, los Eslava, marqueses de la Real Defensa, y los Navarro Tafalla que construyeron su casa principal en la calle Zapatería, o los Guendica que eligieron la plaza de Navarrería. A ellos podríamos unir además la familia de los Mutiloa, única familia del grupo asentada desde largo tiempo atrás en Pamplona, en la calle Zapatería, quienes procedieron a reformarla en 1748. Todo parece indicar que aquella actuación respondía asimismo a la herencia dejada por un miembro de la familia situado en Madrid, miembro del Consejo de Castilla, que participó asimismo de algunos negocios. A estos edificios podemos sumar, por la similitud de sus fachadas, el Colegio Seminario de San Juan Bautista, levantado entre 1732 y 1734 bajo el mecenazgo del baztanés afincado en Madrid, Juan Bautista Iturralde, marqués de Murillo y ministro de Felipe V<sup>3</sup>.

Pero a los emigrantes navarros enriquecidos en Indias y ahora asentados en Pamplona, debemos unir como sujetos activos de esta actividad constructiva a los hombres de negocios y comerciantes residentes en la capital navarra, que conformaron una pujante burguesía mercantil amparados por una coyuntura económica y política sumamente favorables especialmente en la primera mitad del siglo XVIII. El apoyo de Navarra hacia los Borbones en la Guerra de Sucesión propició que desde finales del siglo XVII y muy especialmente en la primera mitad del siglo XVIII muchos de los navarros que habían abandonado el reino, lograran ocupar en sus destinos, básicamente Madrid e Indias, puestos preeminentes en la administración y el ejército, combinándolo en muchas ocasiones y con resultados sobresalientes con negocios, frecuentemente relacionados con los asientos del ejército o con préstamos a la Corona, que les permitió conformar sustanciosos patrimonios que en gran medida revirtieron en sus lugares de origen, muy especialmente en las tierras norteñas del Bidasoa, un fenómeno que puso de manifiesto Caro Baroja bajo la denominación de "hora navarra del siglo XVIII".<sup>4</sup>

Muchos de estos negocios, gracias a las redes sociales de parentesco y paisanaje, tuvieron sus ramificaciones en familias navarras que en estas fechas se asentaron en Pamplona, como los Goyeneche, los Lastiri o los Mendinueta, que dedicados a los negocios formaron parte de esta alta burguesía. A ellos se sumó para formar parte de este grupo social un nutrido conjunto de comerciantes, que procedentes de diversos puntos de Navarra también ahora se instalaron en la capital. La prosperidad que vivía por estas fechas el sudoeste francés así como la particular fiscalidad aduanera de Navarra permitió a estos comerciantes convertirse en intermediarios entre Francia y Castilla, importando lana castellana para llevarla al país galo y nutriéndose paralelamente allí de productos elaborados y coloniales que de nuevo, siempre a través de Navarra, introducían en Castilla, un negocio que muchos combinaron con tiendas y lonjas en sus casas así como con la explotación de diversas rentas del reino y de la Iglesia<sup>5</sup>.

Las nuevas mentalidades de este grupo social no fueron ajenas a este fenómeno. Todos ellos querían respaldar sus acomodadas posiciones económicas con el reconocimiento social. Por ello, gracias a sus cuantiosas fortunas, pronto alcanzaron ejecutorias de hidalguía así como diversas mercedes reales, mientras de modo paralelo se iban introduciendo en las instituciones, especialmente en el Regimiento de la ciudad<sup>6</sup>.

Siguiendo el sentido dinástico de la familia propio de la nobleza, quisieron también perpetuar la memoria de su linaje que se concretó en calculados matrimonios entre sus descendientes así como en la construcción de una casa familiar, que se convirtió no sólo en residencia sino también en símbolo de la familia, en escaparate donde mostrar al resto de la ciudadanía el poder alcanzado, donde pudieron desarrollar formas de vida caracterizadas en muchas ocasiones por el lujo y la ostentación, gracias a multitud de objetos suntuosos y de abundante servidumbre. Las residencias que ahora construyeron estos adinerados hombres de negocios y comerciantes, algunas de ellas denominadas casas principales de mayorazgo por encabezar un vínculo, son inmuebles interesantes dentro del caserío pamplonés del siglo XVIII aunque resultan en su mayoría de menor entidad que los pertenecientes a las familias del grupo anterior de indianos, y por tanto sin alcanzar los niveles arquitectónicos de aquéllos, aunque hay claras excepciones como las casas de los Goyeneche o de los Urtasun.

Tanto los hombres de negocios como los comerciantes tuvieron una especial predilección para construir sus nuevas residencias en determinados espacios urbanos como la calle Zapatería, pero sobre todo por otros nuevos ahora configurados como la plaza del Castillo, la cual aunque sin un plan previo y nacida de la propia expansión de la ciudad, desempeñaba el mismo papel que cualquiera de las plazas mayores españolas, como el gran salón urbano de la ciudad, un lugar de encuentro, ocio y esparcimiento y muy especialmente de la fiesta taurina<sup>7</sup>.

### **El ámbito de la Plaza del Castillo**

Entre los clanes más importantes dentro de la burguesía mercantil pamplonesa del siglo XVIII se hallan sin duda los Vidarte Zaro, ambas familias procedentes de la Baja Navarra, que enlazaron por medio del matrimonio entre Juan Angel de Vidarte y Mariana de Zaro, constituyendo así una importante saga

dedicada a los negocios cuyos descendientes casaron a su vez con miembros de conocidas familias dedicadas a las mismas actividades así como de la nobleza<sup>8</sup>. Su escudo de armas se conserva en una casa de la plaza del Castillo, la n° 2, abierta también hacia la calle Estafeta, cuyo aspecto exterior sufrió una importante transformación en el siglo XX aunque conservando cierto aspecto dieciochesco. Adquirido este edificio en 1742 a Agustín de Monreal, entonces alguacil mayor del Reino, se convirtió en casa principal del mayorazgo que Juan Angel y Mariana fundaron en 1747, un vínculo que incluía además varias casas y botigas en la cercana calle Chapitela<sup>9</sup>.

También la casa n° 30 de la misma plaza ostenta una labra heráldica de esta familia, si bien no en el frontis porticado construido en este espacio urbano sino, como era habitual en el siglo XVIII, en la fachada principal abierta hacia la calle Comedias n° 9, que presenta una portada moldurada de medio punto entre pilastras y sendas ventanas laterales decoradas con gallones y placas recortadas.

Perteneció esta casa a Ramón Antonio Vidarte y Zaro y a su esposa M<sup>a</sup> Joaquina de Mendinueta e Irigoyen. Fallecida la señora en 1774, su marido procedió a realizar un inventario de bienes a cuya cabeza se hallaba este edificio pues afirmaba que la casa en que ambos habían habitado y que ahora él ocupaba se hallaba en la calle de Lindachiquía, frente a la casa de comedias, con salida hacia la plaza del Castillo. Informaba asimismo de que cuando la adquirieron, el inmueble había sido tasado en 44.000 reales y en ella habían llevado a cabo diversas obras desde 1756 por un valor de otros 6.000. Así en 1760 habían añadido una altura más hacia la hoy calle Comedias y habían cubierto la caja de la escalera por medio de una cúpula de media naranja para iluminar aquel espacio central, eje articulador del edificio, hoy muy transformado<sup>10</sup>.

Llegado 1765, Manuel Vidarte y Zaro, por sí y en nombre de su madre Mariana, acordó con uno de sus vecinos la entrega de cierta cantidad de dinero para poder proseguir las obras que ella había emprendido en su casa de la Plaza del Castillo y que el mencionado vecino había logrado paralizar recurriendo a los tribunales<sup>11</sup>. Dado que hemos identificado la otra casa como propiedad de su hijo Ramón Antonio, creemos que en este caso se trata de la primera de las casas mencionadas, la principal de la familia, en la que residía Mariana, según se desprende de su testamento, documento gracias al cual sabemos además que entre los muebles de su casa había por ejemplo cuatro docenas de sillas traídas de Inglaterra, lo que nos permite comprobar el nivel económico y el poder adquisitivo de esta familia<sup>12</sup>.

Sin duda la casa más importante de cuantas han llegado hasta nuestros días en la Plaza del Castillo es la que erigió el pamplonés Pedro Fermín Goyeneche, hijo del baztanés Miguel de Goyeneche y de M<sup>a</sup> Josefa Baracearte. Nacido en 1694, fue sin duda un hombre emprendedor y con gran visión para los negocios, en los que se inició de la mano de su padre, si bien superó su ámbito de acción para participar principalmente en sociedades con parientes y paisanos baztaneses asentados en Madrid, tales como su cuñado Francisco de Mendinueta, Miguel Francisco Francisco Aldecoa, los marqueses de Iturbieta o Pedro López de Ortega, administrador de la casa del marqués de Valdeolmos con los que participó en la explotación de diversos asientos como los de pólvora o víveres así como en préstamos a la corona, para lo que en numerosas ocasiones visitó la Villa y Corte, llegando incluso a residir durante algunos años en la capital de España. Tuvo además una estrecha relación con Juan Bautista Iturralde, marqués de Murillo, convirtiéndose en su apoderado para asuntos en

Navarra, en virtud de lo cual procedió en su nombre a la construcción del colegio seminario de San Juan Bautista de Pamplona así como del convento de Arizcun.

Fue su padre Miguel quien instaló la residencia familiar de los Goyeneche en la Plaza del Castillo, abierta hacia la calle Estafeta, en una casa situada en la esquina con la actual bajada de Javier que adquirió en 1714 de Fausto de Monreal e Itúrbide y de su esposa Teresa Iturria, vecinos de Enériz<sup>13</sup>. Sin embargo, llegado 1738 Pedro Fermín, fallecido ya su progenitor, compró otra casa pegante a la familiar, perteneciente al mayorazgo Rada, propiedad del noble Agustín de Ezpeleta, alcalde del palacio real de Olite, por la que pagó 1.330 ducados y 2 reales<sup>14</sup>. Inmediatamente después procedió a la construcción del actual edificio de piedra, ladrillo y amplios balcones, cuyo costó ascendió a más de 18.000 pesos, que situó como cabeza del mayorazgo Goyeneche, un vínculo que fundó con carácter electivo. La portada principal de este edificio, situada en calle Estafeta, no ha conservado sin embargo el escudo de esta familia baztanesa, sino que por el contrario hoy aloja la labra heráldica de los Rived, una saga también dedicada al comercio que adquirió el inmueble en 1847 por la cantidad de 16.000 pesos de manos del entonces propietario Pascual Montero y Rada, hijo de Joaquina Rada y Borda y Manuel Montero de Espinosa<sup>15</sup>.

Pegante a la casa de los Goyeneche en la misma manzana, se conserva la que fue residencia principal de Juan Bernardo Loperena, que hoy se corresponde con el número 40, erigida con un basamento pétreo y cuatro alturas de ladrillo donde pudo situar su escudo de armas tras obtener su ejecutoria de hidalguía en 1732 como descendiente de la casa de su apellido en la localidad de Aldaz, en el valle de Larraín, un edificio todavía existente<sup>16</sup>. Casado en 1724 con la pamplonesa M<sup>a</sup> Josefa Goyeneche, hermana de Pedro Fermín Goyeneche, fue un conocido hombre de negocios, dedicado entre otros menesteres a la administración de las rentas catedralicias o colector de las gracias del subsidio y excusado. Llegó a ser rey de armas del reino de Navarra y alcalde perpétuo del palacio de Pamplona. Nacieron de su matrimonio Juan Bernardo, M<sup>a</sup> Antonia y M<sup>a</sup> Josefa, monja en el convento de San Pedro de Rivas de Pamplona, única descendiente que sobrevivió a su progenitor fallecido en 1764. En sus últimas voluntades otorgadas aquel mismo año, Juan Bernardo eligió como herederos a partes iguales a su sobrino y ahijado Bernardo Loperena y a su cuñado Pedro Fermín Goyeneche a quien también dejó encargado de su testamentaria, una testamentaria que pasado el tiempo, dado lo elevado de sus deudas y la imposibilidad de cobrar sumas importantes de dinero, arrastraría al ocaso a los descendientes de Goyeneche<sup>17</sup>.

En 1729 se tasaron las obras de carpintería y ensamblaje que el maestro carpintero Pedro José de Ripalda había ejecutado en una casa nueva de Loperena situada "tras la plaza del Castillo"<sup>18</sup>. Es muy posible que se trate de este mismo edificio, pues las casas de esta manzana abrían sus portadas principales a la calle Estafeta y ésta recibía por entonces diversas denominaciones como la entrecomillada. Una declaración realizada en 1777 sobre los bienes inmuebles que Loperena poseía en Pamplona tasó su casa principal, que afrontaba por un lado con la de Goyeneche y por el otro con la del licenciado Juan Bautista de Nieva en 44.428 reales<sup>19</sup>.

En la misma acera que los edificios anteriores, por tanto también abierta a la plaza del Castillo y a la calle Estafeta, tuvieron su vivienda principal

los Íñiguez de Beortegui, entre cuyos negocios se hallaban por ejemplo el asiento de camas o el arriendo de las tablas del reino<sup>20</sup>. Aunque el edificio que hoy ocupa su solar en el número 56 de la calle Estafeta es moderno conserva un magnífico escudo de armas de la familia, merced a la ejecutoria de hidalguía alcanzada de los tribunales reales en 1747. El 14 de febrero de 1738 el cantero guipuzcoano Miguel de Barreneche que había intervenido en la construcción del Palacio episcopal se obligó a realizar la obra de cantería para una casa de nueva planta de Fausta de Vergera, viuda entonces de Juan Miguel Íñiguez de Beortegui, en la plaza del Castillo. No obstante, el fallecimiento de aquel maestro obligó a su sustitución por otro arquitecto también de origen guipuzcoano, Juan de Larrea. Finalizadas las obras el maestro de obras Juan Miguel de Goyeneta, en compañía de Fernando de Múzquiz, se encargó de medir la obra que se tasó en 8. 536 reales<sup>21</sup>, de donde se deduce que debía de ser como era propio de la época un edificio con planta baja en sillería y las alturas en ladrillo.

Muy cerca de allí queremos señalar la existencia de dos casas que han conservado prácticamente intacto su aspecto dieciochesco, incluyendo, hecho extraño, incluso la carpintería original de cuarterones y ménsulas talladas de hojasca así como su rejería de recios balaustres cincelados, que nos permiten aproximarnos a lo que fueron las viviendas de este grupo social. Se trata de la casa nº 33 de la calle Estafeta y sobre todo la nº 12 de la calle Chapitela. La primera fue propiedad del comerciante Fermín de Auza, quien la transmitió a su hija y heredera Vicenta que casó con Joaquín de Itúrbide. Casada con Joaquín de Itúrbide, es precisamente el escudo de armas de esta familia de origen francés el que campea en la fachada del edificio, merced a la ejecutoria de hidalguía obtenida de los tribunales reales en 1774. Joaquín participó en el mundo de los negocios, compaginando la exportación de lana con el comercio tanto al por mayor como al por menor de mercaderías variadas. Fallecido su único hijo varón, las empresas de la familia continuaron en manos de una de las hijas, María Josefa, mientras otras dos, Joaquina Fermina y Matías Ramona Vicenta enlazaban con miembros de familias del mundo de los negocios como los Zaro o los Resa<sup>22</sup>.

Por su parte el edificio de la calle Chapitela fue propiedad de Juan Antonio Aoiz de Zuza, quien contrajo matrimonio con M<sup>a</sup> Catalina de Eleta, cuyo emblema heráldico pudieron colocar en el frontis de la casa tras obtener el reconocimiento de nobleza en 1757. Pasó posteriormente el inmueble a manos de su hijo Vicente, nacido en Pamplona en 1734, quien se encargó de la administración del patrimonio del marquesado de Castelfuerte. Sin embargo, para la historia de Pamplona resulta un personaje relevante por su labor como heraldista y genealogista, cuyas investigaciones hoy se custodian en el Archivo General de Navarra<sup>23</sup>.

Pero no fue esta la única casa de hombres de negocios en la calle Chapitela. Por el contrario fue sin duda una de las calles de más actividad cotidiana a lo largo del siglo XVIII y al parecer una de las más cosmopolitas de la ciudad pues además de los comerciantes pamploneses hubo algunos extranjeros, así como tiendas variadas de platería, telas, ultramarinos o sombreros<sup>24</sup>. Allí precisamente tuvo también su casa otro hombre de negocios, Martín de Larráinzar. Gracias al inventario de bienes elaborado a la muerte de su esposa, M<sup>a</sup> Vicenta de Lanz, con quien había casado en 1744, sabemos que compartía actividades comerciales con gentes no sólo del ámbito de Bayona sino

también de Gante, Roan, Amsterdam o Hamburgo, combinándolo con la explotación de sus lonjas o la administración de patrimonios sobresalientes como la del indiano Juan Francisco Navarro o el arriendo de algunas rentas de la Iglesia<sup>25</sup>. Aquel edificio fue construido por el matrimonio sobre una casa que adquirieron a las Agustinas Recoletas en 1736 por 2.042 ducados y un solar contiguo que compraron al Santo Hospital, ascendiendo el coste de la nueva fábrica a 14.000 pesos. Aunque en la actualidad no se conserva ninguna casa en la mencionada calle que ostente su escudo de armas, hemos podido identificar la residencia familiar de los Larráinzar con la casa nº 20 gracias a un plano del siglo XVIII conservado en el Archivo General de Navarra<sup>26</sup>. Se trata de un edificio de ancha fachada muy modificada en su parte inferior, que sigue la estructura típica de la arquitectura doméstica de la ciudad en aquel período con amplias balconadas que recorren su frontis apoyadas en las típicas tornapuntas de hierro cincelado.

Juan Francisco Garisoain, hijo de Martín y de M<sup>a</sup> Miguel de Iturmendi, fue otro conocido hombre de negocios que levantó su residencia en la calle Chapitela. Aunque no hemos podido identificar el edificio, creemos que se hallaba en el lado de los números impares, y debió de ser desde luego una casa preeminente, pues cuando en 1748 la familia nobiliaria de los Mutiloa procedió a la reforma de su casa principal, actual número 40 de la calle Zapatería, exigió al maestro de obras la ejecución de diversos elementos como la que Garisoain acababa de construir. En 1747 Garisoain adquirió una casa del mayorazgo Goárriz entonces en manos de Ana Francisca de Eslava, cuyo esposo, Gaspar de Eslava, futuro marqués de la Real Defensa, llevó a cabo su venta por 3.000 ducados, dado que el inmueble era antiguo y se hallaba muy maltratado lo que suponía la imposibilidad de arrendarlo<sup>27</sup>. Derribada la vieja casa, Juan Francisco procedió inmediatamente a su reconstrucción donde pudo instalar no solo su vivienda sino también su despacho y lonja. Fallecido Garisoain en 1750 nombró heredera fideicomisaria a quien había sido su segunda esposa, Agustina de Iriarte, con el fin de que ella repartiera sus bienes entre los hijos nacidos de aquella unión<sup>28</sup>.

De gran interés resulta el inventario realizado tras su muerte pues no sólo nos informa de los bienes inmuebles y fincas adquiridas en Pamplona, Ororbía y Cortes, sino que nos permite conocer la distribución de las estancias de su casa dedicadas a los negocios. Así sabemos que en la planta baja se hallaba la lonja y el despacho cuyo austero mobiliario se componía de una mesa de pino forrada con bayeta verde y una silla poltrona, mientras las paredes se decoraban con un mapa del mundo, otro de América, otro de España y otro de Navarra. Había además diversos útiles de oficina tales como una escribanía, tinteros, compases, reglas, sellos o tijeras. Por su parte en la tienda se hallaron géneros de distintas naturalezas y procedencias como telas bien variadas de Inglaterra, Holanda o Flandes o sacos de cacao, así como más de setecientas estampas del Corazón de Jesús. No obstante, sin duda alguna lo más interesante del documento es la biblioteca de este navarro. Como era habitual sobresalían las obras de moral y teología así como de historia y literatura donde se hallaban autores como Ovidio, Virgilio, Cicerón, Santa Teresa, fray Luís de Granada, Cervantes, Góngora, Quevedo, Lope de Vega o Gracián, si bien también destacan los libros de arquitectura de tratadistas clásicos como Vignola o Vitrubio así como el de fray Lorenzo de San Nicolás, sin olvidar el que aparece bajo el título "Arte frances", en suma un conjunto bibliográfico que demuestra

los intereses intelectuales de un acomodado hombre de negocios en la Pamplona del siglo XVIII<sup>29</sup>.

Los negocios de esta familia continuaron con su hija M<sup>a</sup> Francisca quien en el mismo año del fallecimiento de su progenitor casó con José de Iriarte, vecino de Corella, aportando a su matrimonio la nada despreciable cifra de 8.500 pesos. Inmediatamente después formó sociedad con su madre Agustina con un capital de 746.333 reales y medio<sup>30</sup>.

No muy lejos de la plaza del Castillo, comenzó a configurarse el actual Paseo de Sarasate, cuya culminación urbanística definitiva tendría lugar ya en el siglo XIX. Aquel terreno descampado, situado al sur de la ciudad entre el caserío y las murallas que recibía el nombre de El Arenal o Taconera y actuaba como lugar de paseo y esparcimiento para los pamploneses. Comenzó a tener vida propia a partir de 1706 con la construcción en aquel lugar de la Casa de la Misericordia así como con la conformación definitiva de la primera manzana que iba a delimitar lo que se convertiría en un boulevard decimonónico, aquella que saliendo de la plaza del Castillo se levanta en el lado derecho, entre la calle Comedias y la parroquia de San Nicolás. Ahora por primera vez la renovación arquitectónica de aquella zona suponía la apertura de las fachadas principales con sus escudos de nobleza hacia aquel erial y no hacia la oscura y estrecha calle de Lindachiquía.

Fue precisamente aquel lugar el elegido por otro hombre de negocios, Juan de Lastiri, para levantar su casa principal, que creemos se corresponde con la casa n<sup>o</sup> 16, un edificio que ha conservado en gran medida los rasgos arquitectónicos dieciochescos así como su escudo con el ajedrezado baztanés. Lastiri nació en Errazu (Baztán), aunque una vez afincado en Pamplona se inició en el comercio con una tienda de mercaderías que vendió en 1709, aunque para entonces se había introducido en otros negocios como la administración de las tablas reales<sup>31</sup>. Las estrechas redes sociales basadas en el paisanaje y la amistad que unían por entonces a muchos navarros asentados en Madrid y Pamplona, le llevaron a ser el administrador en el viejo reino del también baztanés Juan de Goyeneche, encargándose por ejemplo del arriendo y arreglo de sus inmuebles en Pamplona<sup>32</sup>. Juan de Lastiri fundó mayorazgo en 1734 que modificó seis años después, situando como cabeza del nuevo vínculo su casa nativa, *Lastiria*, en Errazu. No obstante, entre los bienes que poseía en la capital navarra se hallaba una casa "hecha de planta en la calle de Lindachiquía, parroquia de San Nicolas con su excudo de armas, balcones, lonja y bodega en que vivo al presente"<sup>33</sup>. Dado que en un auto de reconocimiento de sus inmuebles en Pamplona señalaba que vivía frente a la Casa de Misericordia<sup>34</sup>, todo parece pensar que se trata de la mencionada casa. Debió de adquirirla entre 1711 y 1713 pues en el inventario de bienes realizado en 1711 con motivo de su matrimonio con Rosa Vidarte no figura la casa mientras que en el elaborado el día de Nochebuena de 1713 por el fallecimiento de la señora, él afirmaba haber adquirido dos casas pegantes en aquella calle: una a Josefa Carranza, viuda de Martín Daoiz, por 331 ducados y 90 reales y otra a José Vélaz por 313 ducados y 50 reales. Sobre ambos edificios construyó el nuevo edificio al que además incorporó un sitio comprado a la ciudad por 37 ducados<sup>35</sup>.

Probablemente muchos de los objetos que adornaron su casa serían muebles y alhajas que según el mismo indicaba, habían sido enviados por su hermano Esteban desde Madrid donde éste residía convertido en un próspero hombre de negocios, cuya hija casó con Juan Tomás de Iriberry, sobrino de Juan

de Goyeneche, caballero de Santiago, marqués de Valbuena, miembro del Consejo de Hacienda y tesorero de España<sup>36</sup>.

### **La calle Zapatería**

El ámbito de la calle Zapatería acogió también en esta época un nutrido grupo de casas sobresalientes entre las que se hallaron algunas correspondientes a hombres de negocios y comerciantes. Sin duda la de más envergadura es la casa que levantó en la plaza del Consejo Pedro de Urtasun, quien junto con el marqués de la Real Defensa contribuyeron poderosamente a la transformación de aquel enclave presidido por el edificio de los Tribunales Reales, rompiendo la compartimentación arquitectónica existente hasta entonces en la plaza y logrando unificar visualmente aquel espacio urbano.

Aunque nacido en 1663 en la casa *Santerrena* de Zubiri, Pedro de Urtasun tuvo su residencia en Pamplona donde se dedicó a la explotación de una tienda de cerería y confitería, si bien pronto diversificó sus negocios con adelantamientos monetarios y de grano a diversos particulares, la producción de vino o la exportación de lana a Francia. No obstante, sus negocios más importantes se basaron en la explotación de rentas eclesiásticas y algunos asientos. En 1734 fundó mayorazgo con la mayor parte de los bienes que había ido adquiriendo a lo largo de su vida, situando a su cabeza la casa que había construido en la plaza del Consejo sobre unos inmuebles que adquirió en 1720 a las religiosas Recoletas, correspondientes a una capellanía fundada en el aquel cenobio por Eustaquia de Artieda, viuda de Juan de Oco y Ciriza. Pagó por ellos algo más de 1.200 ducados. Dos años más tarde inició las obras de lo que había de ser su casa principal de mayorazgo, un edificio muy modificado en los albores del siglo XX<sup>37</sup>.

El actual nº 45 de la calle Zapatería, de fábrica moderna aunque siguiendo esquemas dieciochescos, se corresponde con la que fue casa de los Michelena, familia originaria de Elizondo con ramificaciones en Pamplona y en la Villa y Corte. El edificio fue erigido por Martín de Michelena y Virto, hijo de Norberto Michelena y Bernarda de Virto, familias ambas que desde tiempo atrás se habían dedicado a los negocios. Martín inició su carrera profesional formando compañía con su padre, compartiendo ambos por ejemplo la administración de los bienes de los marqueses de San Miguel de Aguayo, ahora residentes en Nueva España, o del conde de Escalante. Los negocios debieron de dar resultados sumamente satisfactorios pues Martín recibió para su matrimonio con Francisca Ignacia Javiera Repáraz y Urbioa 8.000 pesos, convirtiéndose además en donatario de los bienes de sus progenitores<sup>38</sup>.

La casa pamplonesa fue levantada sobre dos casas contiguas que Martín compró en 1748 a Sebastián y Bernardo de Oscáriz por 2.100 ducados. Inmediatamente procedió a levantar la nueva construcción que encomendó a los maestros más sobresalientes de la capital: Juan Miguel de Goyeneta, cantero, Manuel de Olóriz, albañil, Martín Samacoiz, carpintero y Salvador Rivas, cerrajero, por un importe total de 52.258 reales<sup>39</sup>.

En la misma calle Zapatería tuvieron su vivienda los Basset, concretamente en el nº 48, afrontada por uno de sus lados con la casa del indiano Juan Francisco Navarro Tafalla. Procedentes del Bearn, se asentaron en Pamplona donde no sólo se dedicaron a los negocios sino que también ocuparon la secretaría de las Cortes del Reino, merced al matrimonio entre José Lorenzo

Baset, hijo de José Baset y Josefa Malem, con Francisco Fermina de Aldaz y Aranguren, hija del escribano Felipe de Aldaz, secretario de los tres estados, y Fermina Aranguren<sup>40</sup>.

En aquella misma acera, pegante a la casa principal del mayorazgo Mutiloa, se hallaba también la residencia de Cristóbal de Tirapu, otro comerciante originario del valle de la Ulzama<sup>41</sup>. Entre 1704 y 1705 ocupó el priorato de la hermandad de Santa Bárbara que acogía a los comerciantes y como tal fue enviado a Roma para obtener un breve del Sumo Pontífice con las gracias e indulgencias concedidas a la cofradía<sup>42</sup>. Tirapu adquirió dos casas en la aquella calle en 1710 a Martín Sancho y a sus hijos, vecinos de Corella, e inmediatamente al año siguiente, encargó su reconstrucción al maestro de obras Juan de Larrea y al albañil Francisco de Riezu<sup>43</sup>.

En suma, nos hallamos ante un nutrido conjunto de casas particulares erigidas como residencias familiares por hombres de negocios y comerciantes cuya construcción desde luego contribuyó poderosamente a renovar y embellecer la ciudad de Pamplona en la primera mitad del siglo XVIII.

### Bibliografía

- Andueza Unanua, P. (1999), "Historia constructiva del colegio seminario de San Juan Bautista", *Príncipe de Viana*, nº 216, pp. 69-84.
- Azcona Guerra, A. (1996), *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- Caro Baroja, J. (1969), *La hora navarra del siglo XVIII (personas, familias negocios e ideas)*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- García Merino, P. (1966), "La calle Chapitela. II parte", *Pregón*, nº 87.
- García Merino, P. (1969), "Obras y servicios del viejo Pamplona", *Temas de Cultura Popular*, nº 62, Diputación Foral de Navarra, Pamplona.
- Garralda Arizcun, J.F. (1988), "Los cargos concejiles del Ayuntamiento de Pamplona en el siglo XVIII", *Príncipe de Viana*, Anejo 4, pp. 131-141.
- Larumbe Martín, M. (1990), *El academicismo y la arquitectura del siglo XIX en Navarra*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- Lluch, E., Barrenechea, J.M. y Astigarraga, J. (1986), "En torno a una familia liberal del siglo XVIII: los Vidarte", *Príncipe de Viana*, Anejo 4, pp. 217-229.
- Martinena Ruiz, J.J. (1997), *Escudos de armas en las calles de Pamplona*, Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona.
- Martinena Ruiz, J.J. (2000), "Armorial y padrón de Nobles de la ciudad de Pamplona. Según los manuscritos de Vicente Aoiz de Zuza" *Príncipe de Viana*, nº 220, pp. 475-531.
- Molins Mugueta, J.L. (1990), *II Centenario de la traída de aguas a Pamplona, 1790-1990*, Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona.

### Notas

<sup>1</sup> García Merino, P. (1969). Molins Mugueta, J.L. (1990). Larumbe Martín, M. (1990), p. 74-83 y 90-106.

<sup>2</sup> Así lo hemos podido constatar en nuestra tesis doctoral recientemente defendida en la Universidad de Navarra bajo el título *La renovación urbanística y monumental de Pamplona en la primera mitad del siglo XVIII: casas principales de mayorazgo, familias y mentalidades*.

<sup>3</sup> Andueza Unanua, P. (1999), p. 69-84.

<sup>4</sup> Caro Baroja, J. (1969).

<sup>5</sup> Sobre este grupo social puede verse: Azcona Guerra, A. (1996).

<sup>6</sup> Garralda Arizcun, J.F. (1988), pp. 131-141.

<sup>7</sup> Para la identificación de las casas de los hombres de negocios y comerciantes hemos empleado Martinena Ruiz, J.J. (1997) y Martinena Ruiz, J.J. (2000), pp. 475-531, así como diversa documentación que iremos aportando puntualmente.

<sup>8</sup> Lluch, E., Barrenechea, J.M., Y Astigarraga, J. (1986), pp. 217-229. Azcona Guerra, A. (1996), p. 255-325.

<sup>9</sup> AGN., Prot. Not., Juan Bautista Solano, 1747, 23-VIII: fundación del mayorazgo. Este documento ya fue publicado por Azcona Guerra, A. (1996).

<sup>10</sup> AGN., Prot. Not., Manuel Anchóriz, 1774, 24-VIII: Inventario de bienes realizado por Ramón A. Vidarte.

<sup>11</sup> *Ibidem*, Nicolás Echeverría, 1765, 2-VI.

<sup>12</sup> *Ibidem*, 1778, 26-III: Testamento de Mariana de Zaro, viuda de Juan Angel de Vidarte.

<sup>13</sup> *Ibidem*, Pedro Miguel Uroz, 1735, 8-V. La compra se llevó a cabo ante el escribano José Petrina y Andía.

<sup>14</sup> Dado que aquel inmueble era un bien vinculado a mayorazgo, Ezpeleta tuvo que dirigirse al Consejo Real para obtener, como era menester, permiso para la venta, permiso que obtuvo el 17 de septiembre de 1738, según puede verse en: AGN., Tribunales Reales, Procesos, sign. n.º 48770. AGN. Prot. Not., Miguel Jerónimo de Elizalde, 1738, 11-XII: venta de la casa a Goyeneche.

<sup>15</sup> . AGN., Prot. Not., Victoriano San Miguel, 1847, 2-VIII: venta de la casa a los Rived.

<sup>16</sup> . Martinena Ruiz, J.J. (1997), p. 54.

<sup>17</sup> AGN., Prot. Not., Manuel de Armendáriz, 1764, 24-XI: testamento de Juan Bernardo Loperena. *Ibidem*, Sebastián Barricarte, 1764, 20-XII: codicilo de Juan Bernardo Loperena.

<sup>18</sup> *Ibidem*, Martín José Ayerra, 1729, 28-II.

<sup>19</sup> *Ibidem*, Manuel Armendáriz, 1777, 14-IV: 26.972 reales correspondieron a la cantería y 17.456 a la carpintería).

<sup>20</sup> Sirvan como ejemplo de sus actividades comerciales y negocios: AGN., Prot. Not., Agustín Francisco Ruiz, 1730, 29-V; *Ibidem*, Esteban Gayarre, 1736, 31-XII; *Ibidem*, Miguel de Elizalde, 1758, 27-XI.

<sup>21</sup> AGN, Prot. Not., Pedro Jiménez de Legaria, 1740, 29-III.

<sup>22</sup> Azcona Guerra, A. (1996), p. 325-331.

<sup>23</sup> Un estudio de los manuscritos de Aoiz de Zuza puede verse en: Martinena Ruiz, J.J., (2000), p. 475-531.

<sup>24</sup> García Merino, P. (1966).

<sup>25</sup> AGN., Prot. Not., Juan de Laurendi, 1763, 11-VIII: inventario de bienes. *Ibidem*, Francisco Ramón de Cáseda, 1767, n.º 31: contratos matrimoniales de Larráinzar para su segundo matrimonio con Joaquina Simeneona Pérez de Urrelo. Sobre los negocios de esta familia puede verse: Azcona Guerra, A. (1996), p. 376-386.

<sup>26</sup> AGN., Prot. Not., Agustín Francisco Ruiz, 1736, 8-III: venta de la casa por el convento de Recoletas a Larráinzar. AGN, Sección Cartografía, n.º 207 (1789).

<sup>27</sup> AGN., Prot. Not., Nicolás Fermín de Arrastia, 1747, 30-I: venta de la casa tras haber obtenido permiso del Consejo Real el 16 de diciembre de 1746. Se utilizó para la venta el sistema de candela que quedó rematada por Ignacio de Eguaras quien compró la casa en nombre de Garísoain.

<sup>28</sup> *Ibidem*, Pedro Miguel de Uroz, 1750, 1-I: testamento de Garísoain. Había estado casado inicialmente con Juana Francisca de Zaro de cuyo matrimonio no hubo descendencia. Por el contrario de su segundo enlace nacieron cinco hijos.

<sup>29</sup> *Ibidem*, Francisco Echeverría, 1750, 24-III: inventario de bienes.

<sup>30</sup> *Ibidem*, 1750, 28-IX: contratos matrimoniales; *Ibidem*, 22-XII: formación de la sociedad.

<sup>31</sup> *Ibidem*, Juan Martín Ayerra, 1706, 1-VII; *Ibidem*, 1707, 21-V; *Ibidem*, 11-XI; *Ibidem*, 1709, 7-III.

<sup>32</sup> *Ibidem*, 1733, 21-VIII: auto de reconocimiento y declaración jurada de las obras que necesita hacerse en las casas que tiene Juan de Goyeneche, realizado por el maestro de obras Juan Antonio San Juan y el carpintero Pascual de Azpeitia. Gracias a este documento sabemos que poseía en la capital navarra dos casas en la calle del Consejo, otra en San Antón, otra junto a la fuente de Santa Cecilia y otra en la calle Calderería.

<sup>33</sup> *Ibidem*, 1740, 9-VIII: fundación del mayorazgo.

<sup>34</sup> *Ibidem*, 1733, 21-VIII.

<sup>35</sup> *Ibidem*, 1711, 7-X: inventario realizado con motivo del matrimonio. *Ibidem*, 1713, 24-XII: inventario a la muerte de Rosa Vidarte.

<sup>36</sup> *Ibidem*, 1711, 7-X: entre los muebles enviados por su hermano podemos destacar dos escritorios de ébano, bronceados y labrados en concha, una cama de ébano así como diversos cuadros entre los que destacaba por su valor de 1.000 reales uno con el tema del arca de Noé.

<sup>37</sup> AGN, Prot. Not., Joaquín Sanz, 1719, 10-I (nº 42): compra de la casa. Sobre las obras de la casa puede verse: AGN., Tribunales Reales, Procesos, nº 126188.

<sup>38</sup> Otro de los hijos de nombre Norberto llegó a ser canónigo de la catedral de Cuenca, y sus padres le costearon un viaje a Roma y diversas bulas. Otro, Ramón, se dedicó al ejército. AGN., Prot. Not., Francisco Antonio Antoñana, 1752, 7-I. *Ibidem*, José Begué, 1746, 5-V: contratos matrimoniales de Martín Michelena y Francisca Ignaacia de Repáraz.

<sup>39</sup> *Ibidem*, Francisco Antonio Antoñana, 1751, 8-XII.

<sup>40</sup> *Ibidem*, Miguel Lavari, 1736, 25-VII: contratos matrimoniales de José Lorenzo Baset y Francisca Fermína Aldaz y Aranguren. AGN. Libro de Mercedes Reales nº 39, Gayarre, fol. 250: título de secretario a favor de José Lorenzo Baset. AZCONA GUERRA, A. (1996), p. 335-339.

<sup>41</sup> No obstante, nos inclinamos a identificar la casa de los Tirapu con la casa nº 38 a pesar de tener un escudo de armas correspondiente a otra familia.

<sup>42</sup> Azcona Guerra, A. (1996), p.497 y 502. Tirapu casó con M<sup>ra</sup> Josefa Elso y con Josefa Madariaga. AGN., Prot. Not., Lorenzo Gastón, 1720, 28-IX: testamento de Cristóbal de Tirapu. Fueron sus hijos Cristóbal Victoriano, Jerónimo, Roque Ignacio, Ana Francisca y Mariana.

<sup>43</sup> AGN. Prot. Not. Juan Félix Lanz, 1745. 21-VI; AGN, Tribunales Reales, Procesos, sign. nº 5261.